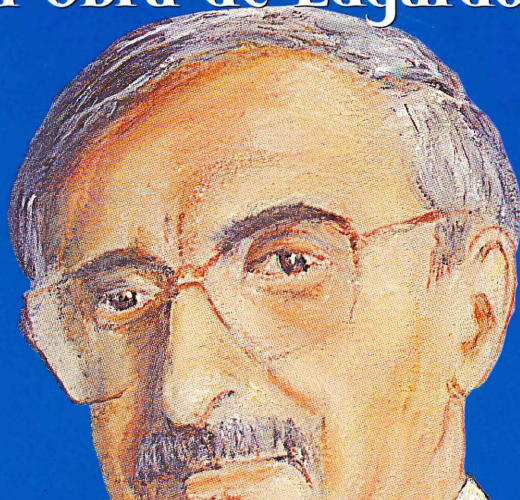


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 11



César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

EDGARDO RIVERA: EL VISITANTE

ALONSO CUETO

Ha habido siempre un interés inteligente, crítico, variado de parte de Armando Rojas y Ricardo Silva-Santisteban ("Ediciones La Clepsidra"), por incrementar la aparición en nuestro medio de obras literarias de autores locales jóvenes y de escritores consagrados. El gusto de ambos y de Javier Sologuren se ha manifestado en la sobriedad y la justeza de sus traducciones, así como en la continuidad de la única revista de poesía de calidad que haya aparecido en Lima en los últimos años. Sin embargo, tanto "Creación y Crítica" como las ediciones realizadas por ellos de Breton, Pound y sus propios libros de poesía, han ocupado siempre un lugar oficialmente secundario, alejados de la presentación ruidosa, de la asociación política panfletaria, del manifiesto erótico que acostumbra a veces nuestra poesía joven.

En los últimos meses un autor desconocido, Edgardo Rivera, ha publicado su primer libro en prosa con el auspicio de estas ediciones. Este libro "El Visitante", tiene hoy los méritos suficientes para convertirse en testimonio de la promesa de un magnífico narrador. Al lado de la expectativa que puedan haber creado Belevan y recientemente Martínez, Rivera parece confirmar el aparente surgimiento de un grupo de narradores nuevos, luego de años de sucesivos nuevos grupos de poetas.

"El Visitante", es un relato articulado por sucesivos monólogos

personales. Un hombre conoce a Lena en sus paseos cerca de la playa. Experimenta por esta mujer una extraña y confusa fascinación. Consigue entrar en relación con ella y conoce su hogar y al hombre con el que Lena vive. Se produce una transformación especial en la vida de los tres. La monotonía tierna del matrimonio se ve violada, interrumpida, extrañamente cortada por la aparición de este personaje ajeno. Lena y su marido, cada uno a su turno, en sus respectivos monólogos confesionales relatan su extrañeza y su confusión angustiosa. A su vez, este personaje anónimo va narrando la impresión que le produce sucesivamente conocer el hogar, el marido y los cada vez más familiares pero más nerviosos y ambiguos gestos de Lena. Hay siempre una gran tragedia en las descripciones: los relatos que cada personaje hace, son una suerte de develación del mundo interior de cada uno. Sin embargo, éste nunca coincide con el que le muestra a los otros personajes a través de su conducta. A lo largo de las conversaciones intelectuales que tienen el marido y visitante sus identidades quedan enmascaradas. En unas relaciones vaporosas, vagas e inconclusas, los tres se temen y se respetan mutuamente sin sospechar lo que ocurre en la interioridad de la conciencia del otro. Las veladas en que se reúnen tienen su contexto natural en la neblina que desde el comienzo servirá de escenario al encuentro del visitante con Lena en el Malecón. El afecto es el de un temor confuso, el de una fascinación nerviosa pero irresoluta; y finalmente decaída. Los sentimientos no se resuelven; más aún, han sido ambiguos desde el inicio y terminarán por desvanecerse. El visitante se retirará definitivamente de la casa de Lena y nada habrá concluido, en definitiva: nada había comenzado; el gesto nervioso de Lena ante la despedida del visitante, es signo de que sin embargo pudo haber sido así. La despedida es natural, aunque dramática. La indiferencia y la tragedia se dan la mano ante el cuadro de personalidades interiores que no se exteriorizan, sino que se sofocan a sí mismas. Esta dislocación de la persona le otorgará su tono ambiguo, vago, absurdo al mundo de relaciones que teje el relato.

Es precisamente el tono cotidiano de las conductas lo que monotoniza y desrealiza a las figuras de estos personajes nebulosos. La tradición literaria del tedio encuentra aquí un testimonio evidente.

No obstante, detrás de las conductas, en los precisos instantes en que asoma una suerte de intensidad interior en los rostros es que ingresa esa fascinación efímera que los ata de modo extraño. Lena, atraída por el forastero, llega a murmurar: “Y así como el océano de nuestras costas parece ocultar, más allá de su horizonte, que un claro de nieblas permite entrever una región de claridad misteriosa, así también el desconocido, en los momentos en que, por algún motivo, se atenúa su vigilante atención, nos deja presentir allá en lo profundo de su alma, inciertas vertientes de pálida fosforescencia. Y, en fin, no hay en su introversión, en su soledad, en el curso concéntrico de su vida interior, no hay en todo ello como la secuela de un antiguo y terrible naufragio”.

La incomunicación ha logrado crear un ambiente helado y a la vez sensible que terminará bordeando el cinismo. El tono sentencioso de la prosa se identificará en su laconismo con la atmósfera y los personajes que describe. La prosa, al igual que la niebla, finalmente se esfuma. El visitante se despide de Lena y se retirará para siempre de aquella casa. El relato no clausura la acción; deja que se evapore por sí misma, puesto que no es la acción sino la creación de atmósferas nebulosas lo que ha contado: detrás se avizoran las pálidas siluetas afectivas de los personajes. En esto consiste la secuela profundamente poética de Rivera: en dejar que la acción contribuya a crear una atmósfera que finalmente la trasciende. La soledad, la individualidad, son el principio y el fin del relato. El visitante saldrá caminando de aquella casa tal como había entrado y no habrá razón para su despedida como no la hubo para su llegada.

El absurdo, la sinrazón, se apoderan finalmente de las conductas. La neblina y el mar, los escenarios naturales de su aspecto, no permiten avizorar, como en el género tradicional de la narración, lo que será de él una vez acabado el relato.

¡“Eterno día”! exclama al partir. Nada ha concluido. Al igual que los románticos, estará siempre en la búsqueda del fin, del límite, aquella “Noche” de Novalis.

[*La Prensa*, 30 de Mayo de 1976]